

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 362

Barcelona, 29 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Más de
las dos terce-
ras partes de

Abisinia han sacudido
prácticamente el yugo
de los invasores y vi-
ven bajo el antiguo
dominio de sus autori-
dades locales.

(Del artículo: "Abisinia, pesadilla
de Italia").

Abisinia, pesadilla de Italia

La Legación de Etiopía en Londres ha recibido, por el Sudán y por Kenya, noticias de lo que sucede en el que fuera Imperio del Rey de Reyes, Hailé-Selassié. Esas noticias son confirmadas por los corresponsales británicos de las colonias y territorios que posee Inglaterra en el Nordeste y el Sudeste de África. Según ellas, la rebelión latente de los abisinios — sería mejor llamarla guerra de independencia — lejos de amenguar, va tomando caracteres muy graves. Ultimamente, se han registrado dos hechos de trascendencia.

Ha sido el primero, la defección de tres batallones de tiradores eritreos. Como se sabe, los italianos llevaban a vanguardia, durante la invasión de Abisinia, fuerzas indígenas de choque, especialmente organizadas para afrontar el violento empuje de las masas caóticas de los abigarrados ejércitos del Negus. Las cargas irresistibles, como las que decidieron la batalla de Adua, son muy difíciles y aleatorias en la lucha moderna sobre campo abierto. Las armas automáticas han dado a la defensiva, ya rígida, bien elástica en profundidad, una eficacia destructora muy considerable. Sin embargo, el valor desesperado de los etíopes superaba, en ocasiones, dicha defensiva. De ahí que Badoglio y sus generales quisieran llevar siempre, en primera línea, combatientes de la misma raza que sus enemigos. Y vióse que tenían razón y obraron con prudencia.

¿Por qué, pues, tres batallones de eritreos se han pasado a los guerrilleros etíopes, con armas y municiones, después de matar a su oficialidad europea? ¿Una conjuración? ¿Un síntoma de peligrosas solidaridades raciales?

El segundo hecho ha sido la insurrección del Godjam. Esta enorme provincia abisinia fué, de octubre de 1935 a mayo de 1936, la pesadilla del Negus. Sus ras, o señores feudales, no sólo no le ayudaron a pelear contra Italia, sino que se sublevaron invocando separatismos históricos. Y tuvo que sacar fuerzas del Tigré y del Harrar y llevarlas al corazón del país sublevado y tomar ciudades fortificadas por asalto...

¿Qué ha sucedido para que el Godjam, lejos de mantenerse pacífico bajo el yugo italiano, se haya alzado en armas? Una cuarentena de jefes y oficiales de Mussolini, que había en él, fueron hechos prisioneros o asesinados. Y como represalias, treinta aviones salieron del aeródromo de Addis-Abeba y regaron de bombas los pueblos y los campos.

Más de las dos terceras partes de Abisinia han sacudido prácticamente el yugo de los invasores y viven bajo el antiguo dominio de sus autoridades locales. Desapareció el poder central y el feudalismo renace. Cada caudillo afortunado funda o reivindica un señorío y moviliza sus clientelas. No faltan armamentos, porque los convoyes apresados y los puestos sorprendidos bastan para las algaradas, las sorpresas y los rebatos. Y hay que suponer, además, que el contrabando sudanés, somalí y kenyota habrá aumentado, en vez de ir disminuyendo.

La conquista de Abisinia es un mal negocio para Italia. Fué un italiano de derechas, el conde Sforza, quien lo anunció a sus compatriotas, al comienzo de la trágica y ruinosa aventura. Los abisinios son diez millones. No resultaba muy difícil destruir su centralismo, prendido con alfileres. Las autonomías provinciales y regionales, que eran en la práctica independencias orgullosas y llenas de recelo, podían ser utilizadas como instrumento de demolición. Y lo fueron. El general Emilio de Bono recurrió a Guxsa, el de Macallé;

Badoglio, a los réculos del Godjam, ya citado. Por otra parte, los herrerianos, musulmanes y no copios se batían mal, y se acordaban demasiado del opresor Menelik, debelador de su libertad política. Y las tribus de los confines del desierto de arena que, desde la altiplanicie divisoria de aguas, desciende hacia el Océano — salvajes, idólatras, casi antropófagas —, veían en el Negus un tirano y no un legítimo rey.

Todos estos elementos de división y disociación actuaron en provecho de los invasores. Repitióse con Hailé-Selassié, en cierto modo, el caso de Teodoros, el vencido heroico de Magdalá. Hailé-Selassié no pensó en el suicidio. Prefirió venir a Europa y pedir justicia a la Sociedad de Naciones.

Pero aniquilado el poder del Negus, vuelta Abisinia a su anarquía milenaria, es, para los italianos, un monstruo de cien cabezas. La hidra etíope no puede ser exterminada de un solo golpe afortunado y mortal. ¿Qué importa que Graziani o su sucesor esté en Addis-Abeba, o en Dessie, o en Gondar, o en Harrar, y que domine con sus aviones y sus carros de asalto el ferrocarril de Djibuti, si todo el inmenso territorio abisinio, más grande que España y Portugal, hierve de guerrillas? ¿Y qué guerrillas!... Incansables, implacables, crueles, endurecidas por el odio y la desesperación, surgen de las sombras de la noche para atacar pequeñas guarniciones, destruir obras de fábrica y conquistar botín. No hacen prisioneros, salvo casos excepcionales. Y no establecen diferencias entre militares y colonos. Imagínese la suerte del infeliz labriego del Piamonte o la Romagna que, creyendo las propagandas fascistas, se aventuró con los suyos en la Abisinia feroz y trágica, para cultivar terrenos vírgenes y crearse una fortuna. No ha hallado mano de obra indígena, ni apoyo gubernamental, ni mercados ventajosos. Sólo encontró hostilidad sombría y amenazadora, soledad, hambre, sed, epidemias, temperaturas extremas, lluvias torrenciales, sequías extenuantes tempestades aterradoras, alimañas y, como corolario, una insurrección que no da cuartel al blanco ni respeta edad ni sexo...

Mussolini ha enviado a Franco, no sólo tropas indígenas de Libia, sino también batallones de eritreos y somalíes, y aun de salvajes del Ogaden y de las regiones desérticas del Nordeste de Abisinia. Desembarcaban en Melilla y Ceuta, y luego de encuadradas, se transportaba a dichas tropas a Cádiz, Algeciras y Málaga. Algunas hicieron ya su aparición en el frente de Teruel. Otras están en La Alcarria, Zaragoza y Logroño. Y el resto en Andalucía.

Pero es de suponer que, ante la considerable gravedad que va alcanzando la insurrección abisinia, variará de conducta. Ha de sostener dos guerras clandestinas, que diría Guglielmo Ferrero, a un mismo tiempo, la de África y la de España. ¿No debilitará así, de un modo arriesgadísimo, su situación militar en Europa? La tensión diplomática persiste y se acentúa. La aurora boreal de la noche del martes 25 de enero, que sorprendió a las muchedumbres, de Berlín a Barcelona, es tal vez el anuncio de que el Viejo Continente se va a bañar de nuevo en sangre. Y el general Badoglio no cesa de recordar, al turbulento huésped del Palacio de Venecia, que Italia está al pie de los Alpes y entre el Adriático y el Mediterráneo...

FABIÁN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Gratitud del Embajador de Francia, con motivo de la evacuación de los refugiados españoles en la embajada de su país

"A su reputación de general, que pertenece a la historia, se unirá el símbolo del jefe sensible a la compasión humana"

Madrid, 27. — El Cónsul de Francia en Madrid ha visitado al general Miaja y le entregó una carta del embajador de su país en Barcelona, en la que, agradeciendo las facilidades dadas para la evacuación de los refugiados españoles en la Embajada de Francia, dice así: «General: Permítame personalmente expresarle mis sentimientos de gratitud por el concurso tan generoso y eficaz que ha concedido, espontáneamente, a la labor de la misión delicada que las circunstancias han llevado a asumir y han contribuido intensamente a resolver un problema difícil que nuestros Gobiernos tenían interés separar de sus preocupaciones políticas. Me atrevo a decir que no me ha sorprendido. A su reputación, general, que pertenece a la Historia, se unirá el símbolo del jefe sensible a la compasión humana. Vuestras simpatías hacia nuestro país se han afirmado una vez más. Reciba usted, general, la seguridad de mi más alta consideración. Firmado: Erik Labonne.» — Febus.

Los facciosos maldicen a quienes se conmueven ante los actos humanitarios

París, 27. — La Agencia España recibe un despacho de Gibraltar en que se dice que, con motivo de la carta firmada por el Obispo de Teruel, reconociendo que ha sido tratado muy bien por las autoridades republicanas, el periódico faccioso «La Información», de Cádiz, escribe, en su número de 11 de enero último: «¡Malditos sean por Dios y por España, no sólo los rojos, sino también los que en nuestro territorio se enternecen ante supuestos actos de humanidad!»

La reacción de la opinión inglesa, ante los bombardeos

París, 27. — «Le Dépêche», de Tolosa, habla de la impresión producida por los salvajes bombardeos facciosos contra ciudades abiertas de la España republicana:

«El último bombardeo, el más terrible, ha producido reacciones morales en los cerebros favorables a los facciosos, que hasta ahora no habían reaccionado.

La reacción ha sido opuesta a la que esperaban los partidarios de la guerra totalitaria. Pero, sobre todo en el plano internacional, y especialmente en Inglaterra, es donde se ha producido la reacción más visible. El espíritu inglés se ha impresionado violentamente por los bombardeos aéreos. Por razones sentimentales, en primer lugar. Por causas materiales,

después. Porque es evidente que nada representa para los ingleses un peligro tan directo y personal como un bombardeo aéreo. Hasta ahora, el mar había protegido a Inglaterra. Ahora los aviones pueden amenazarla.

Además, las películas y descripciones de los bombardeos facciosos en el Norte de España han creado a los republicanos españoles una atmósfera mucho más favorable que toda la propaganda antifascista. Esa atmósfera moral puede muy bien traducirse en las elecciones. Si se piensa que pueden convocarse unas elecciones generales en Inglaterra este año, se ve la importancia enorme que puede tener el cambio de la opinión inglesa.»

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica
diariamente en castellano
y en francés, y los lunes,
miércoles y viernes, en
alemán, italiano e inglés
respectivamente

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

VI

ESCARMIENTO Y VENGANZA

Con las primeras redadas de detenidos, se hizo una selección de las figuras republicanas y socialistas más destacadas y populares de Vigo, que fueron encausadas y sometidas a un Consejo de guerra. Se dijo primero que éste sería ordinario; pero luego se convirtió en sumarisimo, por orden venida de La Coruña y ajena en absoluto a la índole de los supuestos delitos y a la situación de la plaza en aquellos momentos en los que la calma era absoluta. El terror blanco comenzaba de arriba abajo y era decretado de «orden superior».

Casi todos los encartados habían sido detenidos en sus casas, como hemos dicho, y cuando ya había cesado toda resistencia armada a la rebelión, si puede decirse que en algún momento hubo verdadera resistencia armada. Aquellos hombres no se creyeron en el caso de tener que ponerse en salvo. Habían impedido la insurrección de las masas y se habían negado a armar al pueblo. Estuvieron hasta el último instante al lado del Gobierno legalmente constituido, y cuando se les presentó la trágica alternativa de ceder a la violencia o provocar una violencia mayor, no se atrevieron a cargar sobre sus hombros con tamaña responsabilidad y se dieron por vencidos. Acaso no habían hecho todo lo que debieron hacer para cerrar el paso a la rebeldía; pero, en cambio, habían evitado—creían ellos—el derramamiento de sangre. Sabían que su lealtad republicana y su fe socialista serían castigadas por los rebeldes; pero, ¿cómo podía nadie imaginar la saña feroz con que iban a ser llevados a una muerte, que era, más que una ejecución, un asesinato?

Ante el Consejo de guerra sumarisimo comparecieron las siguientes personas:

Don Emilio Martínez Garrido, alcalde de Vigo e industrial.

Don Antonio Bilbatua Zubeldia, diputado a Cortes y oficial de Telégrafos.

Don Ignacio Seoane Fernández, diputado a Cortes y panadero.

Don Apolinar Torres, presidente de la Casa del Pueblo y maestro nacional.

Don Ubaldo Gil Santostegui, médico.

Don Enrique Heraclio Botana, impresor.

Don José Antelo Conde, industrial.

Don Ramón González Brunet, funcionario de la secretaría de la Casa del Pueblo.

Don Pastor Rodríguez, comerciante; y

Manuel Rey, alias «el Villagarcía».

Todos, excepto este último, eran personas honestas, de buenas costumbres, con profesiones bien definidas, padres de familia casi todos, favorablemente conocidos en Vigo y algunos de ellos investidos de legítima representación popular. Su participación en la resistencia armada que se hizo a las tropas, no pudo probarse nunca. Se dió, por ejemplo, el caso del señor Seoane, que, por hallarse quebrantada su salud, estaba retirado desde mucho tiempo antes de estallar la rebelión en un pueblecito y ni siquiera supo lo que ocurría en Vigo y en España hasta el día mismo en que le encarcelaron para condenarle a muerte. Es más: en el carnet de notas del diputado don Antonio Bilbatua, en el que éste iba redactando un breve «Diario», aparecieron escritas estas pala-

bras: «Es inútil; contra un ejército armado, el pueblo no puede luchar».

Las circunstancias de este proceso han sido ya divulgadas y no hay necesidad de detallarlas. Hubo, sin embargo, algunos hechos que se ha procurado ocultar. El abogado designado por varios de los acusados, fué desterrado la madrugada misma del día señalado para el Consejo de guerra. Las familias de los reos se enteraron de que sus deudos estaban siendo juzgados cuando, como de ordinario, fueron a llevarles la comida a la cárcel. A la primera sesión de este Consejo de guerra celebrado por sorpresa, no asistió nadie. Para la segunda sesión, que se celebró en la tarde del mismo día, fueron movilizadas por la Patronal de Vigo, que era la entidad que a todo trance quería que se hiciese un escarmiento rápido, numerosas mujeres, en su mayor parte de la buena sociedad, que asistieron a las deliberaciones del Consejo de guerra con la finalidad de que su presencia inusitada y espectacular y sus ruidosas manifestaciones presionaran, si era necesario, a los jueces militares y les inclinase a la máxima dureza en el fallo. Al suspenderse la sesión, aquellas mujeres salieron a la calle formando una siniestra y lúgubre manifestación, que pedía a gritos que se condenase a muerte y se ejecutase en el acto a los encartados.

Hubo, además, en este Consejo de guerra, una de esas tenebrosas maquinaciones que se urden en las épocas de terror gubernativo, que no se le pasó por alto al vecindario de Vigo, pero que fuera del ambiente local puede haber pasado inadvertida. Deliberadamente y con un avieso designio, se encartó en este proceso, junto con los hombres representativos de los partidos de izquierda y de las organizaciones sindicales, a un triste personaje, un pobre delincuente de derecho común, a quien el maquinavelismo judicial asignó el papel de elemento infamante, el mal ladrón de este calvario: Este desgraciado actuó durante todo el proceso como delator y acusador de sus titulados compañeros, prestándose a ello celosamente con la esperanza, que se le había dejado entrever, de que, abrumando de responsabilidades a los demás procesados, conquistaría la benevolencia del tribunal. Se ha afirmado, pero naturalmente es imposible probarlo, que se llegó incluso a tenerle engañado hasta el último instante con la promesa de que la acusación contra él sostenida había sido una pura comedia y que, llegado el momento, se le haría salir indemne de la trágica farsa. Testigos presenciales afirman que este triste personaje llegó hasta el momento de la ejecución ciegamente confiado en que a él no le matarían. No tuvo tiempo seguramente de advertir la monstruosidad de la maquinación a que se había prestado, pues, siguiendo la máxima de que «el traidor no es menester siendo la traición pasada», los rebeldes le hicieron fusilar a la madrugada siguiente junto con aquellos hombres a los que con sus falsedades libraba a la cólera de los vencedores.

Todos los encartados fueron condenados a muerte y ejecutados, excepto uno, don Pastor Rodríguez, al que en las páginas del sumario, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para condenarle, no se le pudo acusar más que de «haber simpatizado» con los otros, por lo que se le impuso la pena de cadena perpetua.

El fusilamiento tuvo lugar a las cuatro y media de la madrugada del 27 de agosto, en las tapias del cementerio de Pereiro. Mandaban el

piquete encargado de la ejecución el capitán Carreró y un teniente de la Guardia civil llamado Francisco Rodríguez y conocido en Vigo del apodo de «el Rabioso», del que más adelante habrá ocasión de hablar. Los reos fueron trasladados desde la cárcel en uno de los omnibus que hacían el servicio de viajeros entre San Miguel de Oya y Vigo, y se ofreció voluntariamente para conducir el vehículo en que iban los condenados un muchacho llamado Antonio Cerqueira Posse, que, según él mismo dijo, «quería darse ese gustito».

Este era el clima moral de la justicia que hacían los rebeldes.

Fusilaron a los reos cerca de la carretera, mientras unas parejas de la Guardia civil interrumpían el tránsito de las campesinas que en aquella hora temprana venían a Vigo con sus verduras y sus cántaras de leche. Una vez cumplida la sentencia, los cadáveres fueron trasladados al próximo cementerio y metidos en féretros, que fueron precintados sin que se les permitiese a las familias darles el último adiós. Ni siquiera las dejaron acercarse al cementerio, y un grupo de mujeres que lo intentó a la desesperada, fué objeto de una descarga cerrada por parte de la tropa, que sólo así pudo dispersarlas.

Aquellos hombres que no habían cometido más delito que el de ser

leales a los Poderes constituidos que precisamente por mantenerse dentro de la legalidad no evitaron el triunfo de los rebeldes, murieron con la misma dignidad con que habían vivido. Alguno tuvo en los últimos momentos el abatimiento y la desesperación del inocente, abrumado por un destino trágico para el que no estaba preparado su espíritu; pero otros, como el impresor Botana, llegaron al trance horrible con una entereza y un coraje ejemplares.

—Guardad las actas de nuestro proceso—dijo Botana ya frente al piquete—. Algún día será revisado y el mundo entero conocerá el crimen que con nosotros se comete.

Tarde o temprano, aquel viril anhelo de justicia, más fuerte aún que el anhelo de vivir, será satisfecho.

Ejemplos de alta moral

Del artículo de Fermín Mendieta, «Ejemplos de alta moral», aparecido en «La Vanguardia» del 27-1-38, publicamos lo siguiente:

«El ejemplo de los campesinos de Castuera no es, en efecto, único. Me han llegado testimonios que confirman lo que, intuitivamente, adelanté al comentar el magnífico esfuerzo de la colectividad agrícola del pueblecito pacense. Puestos a destacar un nuevo esfuerzo impersonal, colectivo, la justicia reclama que se cite a los campesinos de Jaén, ocupados en la recolección y beneficio de la aceituna. Las tareas se cumplen con un amor nuevo y los molinos trabajan con el estímulo—único estímulo—de contribuir a la victoria de la libertad. Esta afirmación, con su mucho sabor romántico, carece de expresividad para nuestro tiempo. Es, sin embargo, todo lo justo que conviene a un escritor que desea ser, antes que viejo o nuevo, exacto. En la raíz de nuestro pueblo—campesinos de Jaén, yunteros de Extremadura, mineros de Arayanes, metalúrgicos de Sagunto—la guerra es, por encima de todo, guerra de pasión y emoción liberal, de independencia; esto es, de libertad. Ese estímulo es el motor que mantiene en el trabajo a los campesinos de Jaén, porque otro acicate no tienen. El pan es hoy, como ayer, escaso. Por razones distintas, el mismo fenómeno de privaciones. Les escasea el pan, y a despecho de esa realidad insoslayable, la cosecha de aceitunas no sólo no se perderá, sino que se beneficiará con mayor cuidado y esmero. ¿Quién le ha dicho al campesino de Jaén que se necesita de ese su sacrificio? Posiblemente nadie. Ha sido él, a solas consigo mismo, quien ha discriminado su deber y se ha puesto a cumplirlo con apasionada voluntad. De cada término municipal de aquella provincia se recibe el mismo mensaje optimista de trabajo y también la misma modesta petición: un poco de trigo para continuar el esfuerzo. No porque la petición deje de atenderse se renuncian a trabajar. Ni siquiera rechazan el ofrecer su solidaridad a los evacuados de Teruel. Esa conducta moral del campesino de Jaén es una bandera en la que necesitamos militar todos los trabajadores españoles. En tanto que nuestras quejas no alcanzarán a remediar los problemas que la nación tiene planteados, nuestro trabajo no sólo los solucionará, sino que los transformará en realidades de condición satisfactoria. El campesino de Jaén, como el ganadero de Castuera, han sabido obtener de la dificultad la línea de conducta que, seguida sin desmayo, la anulará. Toda otra reacción ante lo difícil de los tiempos, es peligrosa más que falsa. Y sabido es que un error ante el peligro, suele ser fatal. Ninguna razón es válida, por extraordinaria que le

parezca a nuestro egoísmo, para detener y cortar en seco el impulso creador. ¡Si es justamente en nombre de esa capacidad nuestra en lo que van fundadas las grandes ideas! Volveré a citar el caso. Pocos trabajadores con más razones para interrumpir su labor que los operarios de la Azucarera de la Poveda. Eran los días duros de la ofensiva rebelde en el Jarama—combates deficientemente conocidos, que estuvieron a punto de comprometer la resistencia de Madrid—, en que todo se improvisó. Aviación, artillería y ametralladoras enemigas en abundancia. Madrid, ajeno al peligro, se dolía de carecer de azúcar. La remolacha se iba recogiendo; pero, ¿dónde transformarla? La fábrica que podía hacerlo estaba ¿a qué metros—sí, metros—de las líneas enemigas? Los cañones la batían con asombrosa facilidad. El artillero rebelde podía elegir la teja o la ventana en que hacer blanco. Un buen día la chimenea de la fábrica se engrió, como en los días de paz, con su penacho de humo. Sorpresa. Estupefacción. El propio mando republicano se irritó: «¿A qué

venía aquel estúpido desafío?». Empezaron a llover los obuses. Cañonazo va y cañonazo viene. Y en la chimenea de la Poveda, humo de trabajo. En la nómina de los obreros de la fábrica hubo varias bajas. Junto a la blancura del azúcar, el rojo de la sangre. Todas las noches salía de la factoría un vagón de azúcar para la capital. Y todos los días, también, un herido o un muerto. «Nuestro deber es trabajar»—replicaron los obreros a las admoniciones militares.

Y con el luto de los compañeros muertos en la fábrica y el riesgo de morir ellos mismos, continuaron trabajando—bajo un cielo de hierro lleno de reventonazos y estampidos—hasta que toda la remolacha se hubo convertido en azúcar. Nadie les pidió aquel esfuerzo. Se lo impusieron ellos y, con una sencillez ejemplar, le dieron cima. ¿Razones para no trabajar? El egoísmo les descubrió pronto. Pero lo que se necesitaban son razones heroicas para trabajar ante la amenaza de los cañones, como los obreros azucareros de la Poveda, o con las desganas del hambre.»

Las rivalidades de los rebeldes

Queipo de Llano no quiere soltar la región andaluza, que Franco intenta arrebatársela por procedimiento viejo estilo

¿TIENEN GOBIERNO LOS FACCIOSOS? ¿NO LO TIENEN?

Nosotros creemos que no lo tienen, que no pueden tenerlo. Una facción, por muy amparada que se halle por Estados raptos, por Estados de fuerza, no es gobernable. Y la española, amalgama de toda la podre nacional fundida a todos los detritus internacionales, mucho menos.

Sin embargo, algunos periódicos extranjeros han dado la noticia. Los rebeldes españoles organizan un Gobierno. Franco lo tiene preparado. Un Gobierno para uso particular y exclusivo. La lista, «amasada» en colaboración seguramente con los viejos políticos duchos en habilidades, estaba dispuesta. Figuraban en ella diez «personalidades», personalidades fascistas, desde luego, y sin ninguna duda, con sable y uniforme.

Pero Queipo se dió perfecta cuenta. Era tan burda la maniobra que el más torpe podía descubrirla. Y la descubrió el rival encarnizado de Franco. Todo este intento de Gobierno no tiene más finalidad que arrancar Andalucía de manos de Queipo. Este se ha erigido allí en dueño absoluto, en dictador «autónomo». Se erigió desde el primer momento. Al nombrarse Franco «generalísimo» «nacionalista», Queipo, que no le va en zaga en ambiciones, «se nombró de hecho generalísimo» de la región.

Y desde ese momento Franco se desveló, buscando el medio de arre-

batarle el mando y la región de su «usufructo» a Queipo. Y no lo hallaba. Ni sabía, ni podía. No encontraba medio; porque el violento, el del choque, el de la lucha, no le convenía. Pero los viejos políticos que merodean en su redor, le aleccionaron. Y guiado por ellos, concibió la idea.

Un Gobierno, formado por él, que él dirigiera todo, desde luego, y en el que se le diera un puesto a Queipo—al menos por algún tiempo—podía ser el recurso.

Pero el dictador «autónomo» se dió cuenta del juego. Y se aferró a su puesto. Se inició un trapicheo agitanado entre los dos fascistas. Franco hacía concesiones; Queipo se negaba siempre. De concesión en concesión, se llegó a ofrecerle la Presidencia del Consejo. Pero contestó que prefería conservar el mando de los ejércitos del Sur y su cargo de Gobernador militar del territorio de Andalucía...

Así se «destapó», descubriendo al mismo tiempo el juego de Salamanca.

Y el haberse deshecho esta red de araña que se tejía para atrapar al «autónomo» dictador de la región andaluza, ha debido de ser la causa que obliga a Franco y sus secuaces a olvidar por algún tiempo la constitución de un Gobierno tantas veces anunciada y diferida.

La actitud de Queipo y el fracaso de Teruel.

La última maniobra

Franco lo sabe y lo desea...

Frecuentemente, se oye decir a algunos eternos descontentos, tibios o neutros — denominaciones todas bajo las que se camufla el traidor —, esta frase irritante:

—Franco no sabe nada de esos horrores cometidos en la zona fascista.

De todos los agravios y ataques que pueden inferirse a la República, ninguno más eficaz que esa frase escueta.

A veces, es una señora; una dama muy buena y cristiana, que se horroriza ante los relatos de las barbaridades fascistas, pero que adora el espectáculo de las legiones hitlerianas y se deshace en lágrimas oyendo la antigua marcha borbónica. Ella tiene un sentido especial de la guerra española: dos bandos, el de los generales elegantemente uniformados, desfiles brillantes y reuniones de sociedad, y el otro, el pueblo removido e inquieto, turbulento; la ausencia de fiestas y ese horrible prurito «que le ha entrado ahora a todos de querer comer y hasta vestir como nosotros».

La dama oye el relato de las crueldades fascistas, que se le demuestra palpablemente, hasta la evidencia, y entonces, no pudiendo cerrar los ojos a la verdad, tuerce la boca en mohín de desdén y pronuncia la frase intolerable:

—Sí, muchas barbaridades. Pero eso no llega a oídos de Franco. Si él lo supiera no lo dejaría hacer.

Otras veces, es un caballero muy formal y de los que no son «dudosos», según él, porque ha pertenecido a una sociedad o casino liberal, condenó el movimiento militar y sigue prestando sus servicios a los «rojos» desde su puesto o destino, mediante el mismo sueldo que disfrutaba o quizá algún pequeño aumento.

El caballero, después de una comida confortable, en la intimidad de sus visitas y familiares, obedeciendo a un subconsciente de egoísmo, exclamó:

—Sí; los fascistas están cometiendo horrores; pero no hay que cegarse: tanta barbaridad no lo quería ni el propio Franco. Yo estoy contra él y creo que el alzamiento militar es un crimen; pero estos excesos no pensaba él que pudieran producirse.

La frase llega a nuestros oídos como un trallazo, como una afrenta que se causa al pueblo de España; pero cuyo alcance percibimos en su importancia y gravedad.

—«Franco no sabe nada de esto»; «Franco no lo quería».

—¡Ah!, malvados emboscados y traidores; Franco sabe perfectamente todo lo que ocurre en aquella zona. De todos los servicios de allá; destrozada la Justicia, deshecha la Agricultura, pulverizadas la industria y el comercio, el único que se mantiene perfecto — fuerza es reconocerlo — es el de vigilancia y represión. Franco y las autoridades facciosas conocen perfectamente la miseria de los jornales, el encarecimiento de la vida, el disgusto latente en el pueblo, y saben también que sólo el terror y el bárbaro sistema represivo puede acallar al pueblo. El comercio y la industria, el campo y las fábricas, todo yace víctima de la rebeldía bárbara; pero el aparato policíaco y represivo funciona maravillosamente, y a través de sus hilos y derivaciones, Franco, y con él todo el tinglado reaccionario, conoce absolutamente todos los crímenes cometidos, todas las injusticias realizadas, todos los atropellos y vejámenes que el terror exige y la pasión realiza.

Y en cuanto a que Franco no los desee, que tales excesos no sean de su agrado, contra esa falsa maniobra que pretende hacerle aparecer como una víctima de la guerra por él desencadenada, la cuestión es más simple y dramática.

Efectivamente, Franco y los generales sublevados no creían que hubieran de producirse tantas víctimas; no deseaban ni desean tanta muerte; ellos, buenos y justos, solamente hubieran querido víctimas del «otro lado», sólo hubieran querido muertes de las «filas rojas».

Ellos, buenos y justos, lamentan que la defensa del pueblo, que la admirable resistencia de los que no se resignan a la esclavitud, cause en las batallas tantas bajas.

Ellos se levantaron para tiranizar al pueblo y ahogarlo, para llenar de obreros las cárceles y de muertos los campos y los caminos; pero todo esto no les afectaba lo más mínimo: eran «rojos» las víctimas; ya podían caer a millares, asesinados fríamente en el fuerte de San Cristóbal o en el Penal de León; ya podían los humildes pueblos gallegos espantarse ante el diario «cuneteo» y «playeo», como ne el argot depurativo se denominan estas matanzas; todo ello no le importaba lo más mínimo a estos generales; pero, ¡caramba!, esto de que el pueblo no se resigna a ello y que surja una resistencia, una guerra, y que caigan en la lucha víctimas de uno y otro bando; eso no lo querían estos buenos y justos generales.

Y aun hay quien dice que Franco no conoce las barbaridades fascistas y que no las esperaba.

La maldad se disfraza, a veces, de cretinismo.

Antonio RUIZ VILAPLANA

(«Solidaridad Obrera», Barcelona, 26-I-1938.)

NO SONREIRSE!

Lo prohíbe «Radio Burgos»

El día 25, Radio Burgos lanzaba a todos los vientos el siguiente «ukase»:

«Quedan prohibidas las sonrisitas que venimos advirtiendo estos días en muchas gentes de nuestra retaguardia. Sepan ustedes que quien toma la guerra a broma o se deja invadir por el pesimismo, se lo juega todo. Sépanlo de una vez para siempre.»

(«Euzkadi», Barcelona, 28-I-1938.)

Una página alucinante

En el libro del ex secretario del Juzgado de Burgos Sr. Ruiz Vilaplana hay una página cuya fuerza supera cuanto un buen poeta podría ambicionar. En grandeza humana, en valor moral y también — podría decirse — en «composición», o sea en arte y habilidad de expresión. Esa página ha sido escrita, con faltas de ortografía, a lápiz, en un papel mugriento, por un campesino horas antes de morir asesinado.

El Sr. Ruiz Vilaplana nos cuenta cómo ese papel apareció en el bolsillo de la chaqueta del muerto cuando trataron de identificarlo. El cadáver era de un hombre «relativamente joven, fuerte, moreno, vestido pobremente, cuya cara estaba horriblemente desfigurada». El papel, sucio y rugoso, decía:

«abisa a todos los compañeros y marchar pronto nos dan de palos brutalmente y nos matan como lo ben perdió no quieren sino la barbaridad.»

Esas palabras alucinantes pesarán más en nuestra historia que las actas del Comité de No-Intervención. Habrá que escribirlas en bronce sobre la piedra que un día se alzarán en el cruce de las nuevas avenidas obreras del porvenir.

«como lo ven perdió no quieren sino la barbaridad.»

Es una afirmación moral en la que se ve, como en tantos episodios corrientes de la lucha, la inmensa superioridad de nuestra razón, de nuestra moral, de nuestros ideales, sobre la ceguera criminal de los agresores. Ahí tenéis a un español semianalfabeto, bloqueado por vuestros egoísmos sucios, obligado a una lenta miseria a lo largo de toda su vida, que antes de caer bajo vuestras balas, maniatado, impotente, levanta el rostro y expresa serenamente un juicio moral: «lo ven perdió y no quieren sino la barbaridad». Comprende desde su razón de obrero, de campesino

que no ha conocido ni las dudas de Santo Tomás ni las vacilaciones de una moral educada en la astucia del dominio; comprende, desde su fortaleza de perdido irremisiblemente, vuestra sed de sangre y la explica a su manera. No podría comprender tanta «barbaridad» en hombres normales; pero la comprende en las bestias exasperadas por el miedo a la derrota, y se limita a juzgaros con esa serenidad que hace falta para ponerse a escribirlo en un papel. Para pensarlo o para decirlo no hace falta la serenidad, pero sí para escribirlo, y mucho más si el que va a hacerlo es semianalfabeto. Porque ese juicio no está lejos del peligro. Al mismo tiempo, el mismo obrero escribe: «nos pegan y nos matan».

Y ese obrero que, probablemente, carece de ideas generales sobre la situación, tiene un juicio humano con el que expresa el sentimiento que podría expresar el hombre más culto, más «civilizado», el arquetipo humano más logrado de nuestro tiempo, en cualquier país y en cualquier circunstancia. No os llama asesinos ni canallas, lo que no sería más que un insulto. Os llama bárbaros, lo que es un juicio.

Temed a ese juez, hordas de Franco. Temed al hombre que sabe juzgaros perdidos antes de caer asesinado, que sabe que lo asesináis por eso, por el miedo a su sola presencia. Porque su «sola presencia» es su triunfo. Ese hombre no muere, sigue viviendo en millones de hombres que dirían, en el mismo caso, las mismas palabras. En ese obrero, en millares de obreros como él, hubierais querido matar al hombre; pero el hombre es inmortal, y sigue juzgándoos en ese juicio. Desde su altura moral os contempla serenamente y espera el fin de vuestro paroxismo.

RAMÓN J. SENDER

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Los terribles remordimientos de la hija de Franco por los crímenes de su padre

San Juan de Luz. — Se sabe, de fuente fidedigna, que la hija del ex general español Franco, aún de corta edad, ha estado por espacio de una temporada, interna, en un colegio de monjas de las llamadas Hijas de la Cruz, en Bayona (Francia).

Con el fin de que no se la reconociera, ha figurado con un nombre supuesto, y para que fuera más difícil descubrirla, la han tenido con el pelo completamente cortado, desfigurándola del parecido que hubiera podido tener con cualquier fotografía que de ella pudiera publicarse.

Por este procedimiento lograron que pasara inadvertida.

Mas he aquí lo que vino a turbar aquella tranquilidad.

Como consecuencia de la ruina y la desolación llevadas por Franco a Euzkadi, miles de seres humanos laboriosos y honrados hubieron de abandonar su país natal, ante la persecución de que eran objeto. Y entre las gentes arribaron al puerto de Bayona unas pobres niñas, huérfanas por la maldad de Franco, que fueron instaladas en el mismo convento, precisamente, donde se encontraba, bien guardada, la hija del «generalísimo» rebelde.

La llegada de aquellas desgraciadas huérfanas al convento, al parecer, no debió turbar la paz exterior.

Interrogadas por las demás niñas muchas veces, y otras, espontáneamente, ante el recuerdo de su madre querida, referían, en presencia de la misma hija del ex general español Franco, lo que ellas habían visto en Guernica. El relato que hacían de su destrucción, así como los detalles de las evoluciones de los aviones, la huida aterrorizada y alocada de la población civil y, finalmente, el ametrallamiento de los que se arrastraban por las calles, completaban una narración emocionante. Ellas habían visto momentos antes a su madre viva, queriéndolas como saben querer las madres a sus

hijos, y de repente la vieron muerta.

¿Para qué pretender pintar más realmente aquel espantoso cuadro?

La hija del ex general Franco oyó los relatos de las huérfanas vascas, y aunque nadie lo notó en el momento, la conciencia, el remordimiento de la verdad de los crímenes de su padre le dijo al corazón cuán malvado era su padre.

Preocupadísima por los crímenes cometidos por su padre, llena de angustia, preguntaba a las monjas si cuanto referían aquellas niñas huérfanas era cierto.

Pronto empezaron a notar los efectos que el relato de aquellos crímenes habían producido en la niña. Noches de no dormir, inapetencia, nerviosismo, mucho llorar, y, como consecuencia, el quebrantamiento de salud pusieron en serio peligro la existencia de la hija del ex general español, cuyos familiares se apresuraron a llevársela a España, para que no se muriera oyendo la verdad.

Podrán engañar a esa pobre e inocente niña los secuaces del «generalísimo»; pero no podrán impedir que la obra nefasta que conjuntamente realizan, provoque la indignación de toda persona bien nacida.

Pero la verdad es que ni la propia hija del jefe rebelde ha podido resistir a los repugnantes efectos que produce el conocimiento de la obra antisocial y antihumana que vienen realizando los rebeldes, y de la que Euzkadi ha sido una víctima.

(Euzkadi, Barcelona, 28-I-38.)

Los negros de Ifni, al servicio de Franco

Gibraltar, 24. — Se han recibido aquí noticias de que, en los últimos días de la semana pasada, desembarcaron en Cádiz varios millares de negros originarios de la posesión española de Ifni.

Estos negros, que pertenecen a las aldeas del interior africano, están medio salvajes. Después de un entrenamiento militar extremadamente rápido, serán enviados a Teruel.

(Le Populaire, 25-I-1938.)

En el paraíso de los arios puros

BERLIN, 24. — Continúa brillantemente el desarrollo del plan cuatrienal alemán. La Conferencia semanal de las Oficinas del Ramo de la Alimentación recomienda a los alemanes el empleo de ortigas para confeccionar ensaladas, y ya hay a la venta, en todas las tiendas, longanizas hechas con gelatina y carne; es decir, con un diez por ciento de carne y un 90 por 100 de imaginación gelatinosa. Se han puesto igualmente a la venta salchichas de quisquillas. Además, hay otras de sangre, tratada con ácido acético, que, al parecer, las da un gusto exquisito. La albúmina de pescado sustituye al huevo, y la Oficina de Alimentación invita a las amas de casa alemanas a que hagan mayonesa con comprimidos de albúmina. Esta albúmina lleva el nombre de «Vickings», y está extraída de la carne de ballena. Con piel de ballena se fabrica también calzado. El plan cuatrienal ha dado un gran impulso a la pesca del cetáceo.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

AL MARGEN DE LA GUERRA ESPAÑOLA

La derrota militar del fascismo italiano

Las vicisitudes de la guerra en España, especialmente después de la doble victoria republicana de Teruel, se prestan a muchas e interesantes reflexiones. La más importante, a nuestro parecer, es la de que el régimen fascista italiano ha sufrido en la guerra de España una derrota militar gravísima.

No intentamos afirmar con esto que la partida esté ya ganada por la República.

La República ha realizado las condiciones esenciales de la victoria: ha creado un auténtico gran ejército disciplinado, bien equipado, aguerrido y animado por la convicción de que ejerce una función histórica y progresiva de valor universal, el cual se bate por la independencia nacional de España y por la causa de la democracia y de la libertad de todos los pueblos; ha creado también una industria de guerra; ha saneado la retaguardia, infligiendo duros golpes a la «quinta columna», y ha unido al pueblo español en torno a su bandera.

La doble batalla de Teruel, resuelta con una doble derrota del fascismo español y, sobre todo, del italiano, tiene grandísima importancia, no sólo por sus resultados militares, sino especialmente porque ha revelado al mundo que la República ha conseguido establecer las condiciones que la llevarán a la victoria.

La República no ha ganado aún la guerra; pero tenemos la certeza absoluta de que la ganará.

En cambio, el fascismo italiano, que es el que, efectivamente, dirige la guerra de Franco, está ya virtualmente derrotado en España.

Pensad. El Gobierno fascista italiano fomenta, organiza y apoya desde su origen la rebelión militar.

El pueblo español fué traicionado por su Ejército, se encontró desarmado y sorprendido. Era a un pueblo casi inerte y desorganizado militarmente, al que el régimen fascista italiano hace la guerra con Franco y con los moros reclutados en Marruecos.

Nadie puede poner en duda la intervención directa del Gobierno italiano. Mussolini se ha vanagloriado con frecuencia, públicamente, de que «la Italia fascista no ha permanecido neutral», y ha explicado los motivos de su intervención. Todos sabemos, por otra parte, que ningún esfuerzo ha sido ahorrado. Aviones, cañones, carros de asalto y masas considerables de «voluntarios» italianos fueron enviados, sin el menor reparo, al ejército de Franco, que es, por tanto, un ejército principalmente italiano, en el que actúan generales italianos, el Estado Mayor de la Milicia italiana, etc., etc.

Militarmente hablando, las fuerzas del fascismo italiano y las de Franco persiguieron desde el primer día el objetivo de aprovechar a fondo la sorpresa y la desorganización de las fuerzas republicanas, para batirlas antes de que lograsen organizarse y armarse. No se logró este objetivo. El fascismo italiano fué, por lo tanto, batido completamente en esta primera fase de la guerra.

Merced a esta primera derrota fascista, merced a la solidaridad activa de las masas populares de todos los países, las fuerzas republicanas comenzaron a organizarse seriamente.

Comenzó la segunda fase de la guerra de España, la lucha por Madrid.

El fascismo italiano se mete de lleno en la empresa; envía todas las armas y todos los hombres que puede. Esta batalla se divide en tres episodios esenciales: ataque directo a Madrid (noviembre-diciembre de 1936), ataque en el sector del Ja-

rama (enero-febrero 1937), ataque a Guadalajara (marzo 1937). Todos estos ataques se desarrollaron, poco más o menos, con las mismas características y tuvieron el mismo resultado: triunfo inicial del fascismo, debido a la superioridad de los medios y a la iniciativa, y derrota final de las tropas fascistas.

Después de los fracasos del primero y segundo episodio de la gran batalla por Madrid, Mussolini dió a entender a Franco que esas derrotas eran debidas al hecho de haber puesto en primera línea al ejército fascista hispano-marroquí, y que si dejaba a los italianos en vanguardia, los rojos serían aplastados, Madrid sería conquistada y la guerra ganada.

Franco, que no tiene dignidad nacional ni personal, se sometió al «duce». El Gobierno italiano se quitó la careta de la «no intervención». Cuatro divisiones fascistas, potentemente armadas y auxiliadas por grandes fuerzas aéreas, desencadenaron directamente la ofensiva, bajo el mando de los generales fascistas italianos.

Mussolini mismo—seguro de la victoria «legionaria»—determinó el carácter y el alcance de la gran batalla desencadenada, enviando desde el navío que lo llevaba a Libia el conocido telegrama al mando de sus

tropas: «Derrotando a las Brigadas Internacionales, lograréis una victoria política y militar de valor internacional».

El tercero y último episodio de la gran batalla de Madrid, el de Mussolini, el que debía ser decisivo, terminó—como todos saben—con una derrota completa de las tropas fascistas. Esta derrota tiene un nombre: Guadalajara. Tiene un responsable: Mussolini.

Las repercusiones de esta derrota fueron tales, que el Gobierno fascista italiano y el mismo Mussolini tuvieron que sufrir la humillación de retirar por completo las tropas fascistas italianas del frente principal de la guerra de España: del frente de Madrid.

Italia es una gran potencia, gobernada por una dictadura, que se dice, y quizá se cree, fuerte; una dictadura turbulenta y provocadora. Su jefe, Mussolini, es el matón que amenaza a medio mundo con una cara feroz.

Ahora bien; esta dictadura fuerte, de una potencia efectivamente grande, está directa y abiertamente en guerra, desde hace dieciocho meses, contra un pueblo tracionado y sorprendido, que inició su defensa sin armas y sin ejército; y después de

La vigilancia inglesa y francesa en el Mediterráneo

París, 27. — Comunican de Londres a la Agencia España que el «Daily Herald» comenta el incidente de que ha sido víctima el barco inglés «Sheaf Crest», que, atacado por un barco faccioso, se libró gracias a la intervención de un torpedero inglés. «Este último incidente — dice el periódico — se ha producido frente a las baterías de Gibraltar. Esto ha ocurrido después del ataque de otro barco inglés por parte de un submarino desconocido. Estos ataques aconsejan reforzar la lucha contra la piratería.»

El periódico agrega que los sesenta torpederos de la flota inglesa y francesa que vigilaban el Mediterráneo han quedado considerablemente reducidos en número, sin que esta reducción se haya anunciado públicamente.

dieciocho meses esta dictadura fuerte ¡sufrir la doble derrota de Teruel!

En resumen: si esta guerra contra España, en vez de ser—como efectivamente lo es—una guerra del régimen fascista, fuese una guerra de la nación italiana, nos sentiríamos profundamente humillados, como italianos, por semejante situación. Pero tratándose de una guerra promovida por motivos partidistas, la más odiosa, y conducida en contra de la voluntad del pueblo, de la nación, la humillación y la vergüenza recaen exclusivamente sobre el Gobierno fascista y su jefe.

La dictadura fascista italiana, que se cree «invencible», está virtualmente derrotada en la guerra de España.

GIUSEPPE DI VITTORIO
(«La Voce degli Italiani», 19-1-38).

Un camarada me contó que, desde octubre de 1936 a abril de 1937, cinco soldados se habían dado muerte por diversos procedimientos. Pero el peor caso de suicidio lo presencié yo en el regimiento de infantería 103, en la primavera de 1937. Un sargento mandó bajar a un soldado; como éste no se presentase con la requerida rapidez, le ordenó que volviera a subir las escaleras hasta el cuarto piso. Ya arriba, le dijo que bajara y otra vez que subiera. Este juego se repitió dieciséis veces. A la décimo-séptima orden de bajar, se arrojó desde la ventana, quedando muerto en el acto. El nuevo general Kesseling, del IV ejército del Aire, declaró con motivo de una visita a la escuela K. R., delante de todas las tropas: «La mayor parte de los suicidios y deserciones que de modo terrible aumentan en el ejército, son debidos al temor al castigo.»

Sólo conocí a dos sargentos que no empleaban estos métodos. Algún tiempo después tuvieron que renunciar a su cargo, por haber sido declarados «inhábiles». El actual régimen no puede mantener la disciplina, sino apelando a los más feroces castigos. El que crea que el soldado alemán no tiene pensamientos propios, se equivoca de medio a medio. Con un ejército sometido a esa clase de terror no se puede pensar en la victoria.

ADOLFO GOOWALD
Aviador del ejército alemán
(«Pariser Tageszeitung», 19-1-38).

La Reichswehr por dentro

Publicamos a continuación el relato de un aviador alemán que, después de recibir la orden de ir a prestar servicio en el ejército de Franco, logró huir de Alemania para luchar al lado de los republicanos y defender la causa de la libertad.

En dicho relato se pone al descubierto la situación interior del ejército alemán, en el cual se emplean procedimientos inhumanos para extirpar «los pensamientos peligrosos» de los soldados.

«Me tocó en suerte la 4.ª compañía de ametralladoras del regimiento 31 de Infantería de Plauen. Fui elegido, con otros, para hacer prácticas de tiro desde aparatos de aviación. Llevaría aproximadamente unas tres semanas en el cuartel, cuando vi a un camarada, ya veterano en el ejército, el cual iba entre un alférez y un sargento camino del cuartel. Por los soldados supe lo que aquéllo significaba. Ese compañero no había saludado a un oficial a cinco pasos de distancia, como ordenaba el reglamento, sino a tres. Era el primer castigo que presenciaba.

Durante los meses siguientes pude comprobar las atrocidades que, en el cuartel prusiano, reciben el nombre de «urbanidad». El 2 de abril de 1937, recibí la orden de trasladarme al arma de Aviación. Estaba contento de dejar la Infantería, pero en realidad fuí de mal en peor.

EN LA AVIACION

En Rudstadt, Turingia, se halla la escuela K. R. de aviación, a la cual asisten aviadores de todas las partes del Reich para recibir instrucción especial en la técnica motorizada. Hay cursos para soldados, para sargentos y para oficiales. La disciplina no es allí menos rígida. De la escuela K. R. contaré algunos ejemplos típicos. El cabo W. dió una vez que el sargento Schleidher no era un hombre valiente.

Cuando el aludido se enteró de ello, delató al cabo al jefe de la compañía. W. sufrió cinco días de arresto. Como después del castigo vol-

viase a señalar nuevos defectos del sargento, fué arrestado de nuevo.

Uno de los que mayores castigos imponía era el alférez Pohle.

Con demasiada frecuencia mandaba efectuar ejercicios nocturnos, de los cuales salían rendidos los soldados. Cada vez que ordenaba este castigo, el alférez Pohle decía a la compañía formada: «¡En la Aviación habrá que implantar el castigo del palo!» Esta advertencia producía en los soldados gran agitación. Un joven nacionalsocialista, que honradamente creía en las ideas «nazis», se atrevió una vez a replicar: «¡Semejantes amenazas no son propias del espíritu del nacionalsocialismo!» El hombre fué detenido inmediatamente y conducido a Königsbrück. Nosotros tuvimos que hacer ejercicios nocturnos durante catorce días. Estos ejercicios tenían efecto bajo las órdenes del sargento mayor, Räderer, el cual conocía todas las especialidades, que ya se practicaban en el ejército del káiser. Mandar limpiar armarios y fregar suelos con el cepillo de dientes era en él cosa de todos los días. Los ejercicios nocturnos consistían, principalmente, en andar a grandes pasos durante horas y horas, llevando encima el equipo completo. A la segunda semana de ejercicios nocturnos, Räderer hizo un chiste, del que estaba muy orgulloso. Llamó a ese castigo cruel «baile de máscaras».

La compañía tenía que formar en traje de campaña y con la mochila puesta. Luego, teníamos que ir corriendo al dormitorio para cambiarnos de uniforme, pues a los diez minutos teníamos que formar de nuevo. Otros diez minutos después, teníamos que presentarnos con el traje de cuartel; luego, otra vez con el de campaña, y así sucesivamente durante tres horas y media! Todas las veces se pasaba revista a los soldados para ver si se habían mudado también de ropa interior. El sargento gritaba: «¡Os he de volver locos a todos. Os llevaré a la plancha giratoria!»

Al día siguiente, la amenaza se

llevaba a cabo. Durante los ejercicios nocturnos, el aviador Ohmigen empezó a pegar a los que le rodeaban. En el tablón de anuncios de la compañía se leyó por la mañana: «El aviador Ohmigen, por haber sufrido un ataque de nervios, ha ingresado en la enfermería por disposición del sargento de Sanidad.»

SUICIDIOS

Debido a la criminal disciplina, se registraban en el ejército muchos suicidios.

Nueva alocución del Papa contra el nacionalsocialismo

Mussolini, entre el Vaticano y el Reich

Roma, 12 enero.—El Papa ha recibido a los sacerdotes y obispos que participaron en la campaña fascista del trigo, y en la alocución que les dirigió, respondió al discurso pronunciado por el duce. Dijo Mussolini algo «muy consolador y tranquilizador» cuando declaró que la Italia fascista pensaba ser fiel a la Iglesia. Este deber, explícitamente renovado por el jefe del gobierno italiano, es muy significativo para el jefe de la Iglesia, por cuanto, en el momento actual, Italia está unida a un país cuyo régimen—según la opinión del Vaticano—es funesto para la Religión.

El Papa declaró que no quería dar consejos a los que tenían responsabilidad en los asuntos del mundo. Se dirigió a los campesinos italianos que van a ser enviados a Alemania para prevenirlos del peligro que allí les espera.

Estos hombres que van a labrar el suelo alemán, no sólo representan a la Italia fascista, sino también al catolicismo.

En ciertos círculos italianos, se opina que, puesto que la política de Mussolini es la de mantener buenas relaciones con el Vaticano y estar de acuerdo con Alemania, habrá que interpretarla como el lazo de unión entre los dos poderes.

En los círculos del Vaticano se niega la posibilidad de un arreglo con respecto a la visita de Hitler a Roma. Hasta se da a entender que el Papa irá en Pascuas a su quinta de Castel Gandolfo.

En Berlín se habla del papel de mediador que debe representar Mussolini entre el Tercer Reich y el Papa. Una visita de Hitler al jefe de la Iglesia se declara «de todo punto imposible».

(«Pariser Tageszeitung», 13-1-38).

La dirección de las cartas enviadas a los «voluntarios» italianos en España

Roma, 27.—Sabido es que el «Popolo d'Italia» publica todos los días «peticiones de madrinan de guerra» de los combatientes de Franco. Hasta ayer los combatientes de Franco, que se llamaban Hoffmay, Kappre, Roullmann y Castiglioni, daban el nombre y número de su regimiento, batallón y compañía. El periódico ha recibido hoy la orden de suprimir todas estas indicaciones y poner solamente «Correo especial número 500», es decir, la estafeta instalada en el ministerio de la Guerra en Roma.